

LOS COLORES DE LAS COSAS

por

Alejandro C. Tloupakis

Quizás por los nervios, Elvira no había llegado ni a los tres sorbos del té con leche, y la Criollita con queso crema quedó intacta. Demasiadas cosas por resolver. Eran las siete y media de la mañana, y la cita sería a las cinco de la tarde. Ese día sí podría aprovechar su costumbre de levantarse temprano, o mejor dicho, su imposibilidad de dormir más de cuatro o cinco horas, sólo uno de los hábitos impuestos por la rutina de cuidar a su madre durante más de veinte años, y que incluía la tarea de darle las pastillas con un horario casi benedictino.

Dejó la bandeja del desayuno en la cocina y fue directo al ropero. Cuando lo abrió, sintió que era la primera vez que lo hacía en su vida. No el acto en sí de abrirlo, sino el hecho de elegir qué ropa iba a ponerse. La masa de telas y texturas parecía un gran animal oscuro dormido dentro de su cueva, y ella tendría que despertarlo. El heroísmo que le exigía ese acto por un momento la abrumó, y se sentó en la cama. Se preguntó si podría encarar el desafío de las cinco de la tarde privada como estaba de los colores del mundo.

Tres años atrás, el semáforo detuvo el auto en el que volvía del entierro de su madre en la cuadra de los negocios de mármoles y bronces. Elvira sintió en ese momento que esa imagen lúgubre, de monumentos a la muerte expuestos para la venta, nunca se iba a borrar de sus ojos, y que serviría de filtro para todas las demás imágenes que viera. Deseó entonces que el semáforo cambiara de una vez por todas, y al mirarlo, se dio cuenta de que la luz roja no era tal, sino una mancha oscura y apagada. Pensó que se trataba de un desperfecto, pero cuando la señal cambió al amarillo y al verde, tampoco aparecieron esos colores, sino un gris pálido y un negro débil.

Los días anteriores habían sido terribles: su madre conectada a aparatos empecinados en alargarle la

agonía, la larga espera del final en salas de luz aséptica, el trámite de elegir el tipo de madera del cajón —con las explicaciones acerca de lo que pasaba bajo tierra según la calidad elegida—, la rúbrica en documentos que certificaban su dolor con frialdad forense, y el eterno velatorio con café lavado para apenas cuatro o cinco tías y vecinas compungidas. Pero sobre todo, el terror al vacío que su madre dejaba en su vida, en su casa, en las largas horas de los días que la esperaban, disponibles y extraños.

Al darse cuenta de que en dos semanas había dormido menos de diez horas en total, pidió unas pastillas que le permitieran llegar al entierro sin colapsar. Así que cuando la visión del semáforo frente a las marmolerías la alarmó con la idea de que veía las cosas en blanco y negro, de que la muerte de su madre había clausurado los colores de las cosas, inmediatamente lo atribuyó a un efecto químico pasajero. Le llevó algún tiempo comprender que en realidad hacía años que el mundo que percibía era incoloro, y que en vez de huir todos juntos como en estampida, los colores simplemente se habían ido apagando, como si fueran propiedades de la realidad que se sulfataban si uno no le daba determinado uso.

También a eso se acostumbró. Al fin y al cabo, los colores no eran necesarios para vivir. Las películas en blanco y negro se entendían perfectamente.

Sin embargo, para una cita como la de esa tarde quizás sí eran necesarios los colores; por ejemplo, ahora que tenía que elegir la ropa que se iba a poner. ¿Cómo sabría si un vestido claro era de un amarillo inadecuadamente juvenil, o si la supuesta pollera negra en realidad era azul y no combinaba para nada con la blusa a rayas acaso turquesas? ¿Y cómo elegiría el tono justo de la tintura, lo suficientemente dorado para cubrir las canas pero no de un rubio escandalo-

so? ¿Y el lápiz de labios, y la sombra, y el rubor?

El encuentro era demasiado importante como para dejar los detalles librados al azar. Gustarle a un hombre, pensó, es acertar con un conjunto de detalles, y sin embargo sabía que sus saberes eran puramente teóricos. Lo primero que le preocupó, tras el llamado de Néstor, fue su absoluta falta de experiencia práctica en encuentros semejantes. Había salido algunas veces con muchachos cuando era joven, pero entonces la madre había sufrido el accidente y ella, sin bronca ni melancolía, asumió el papel de hija, enfermera, amiga, entretenedora y finalmente madre de su madre hasta el fin de sus días. Ahora se sentía obsoleta para toda clase de romanticismo, y se preguntaba qué códigos de seducción y de trato corresponderían a una cita en Las Violetas, un sábado a las cinco de la tarde, con un viudo un par de años más joven que ella. ¿Serían los mismos códigos de cuando ella era joven, cuarenta años atrás? ¿Serían los códigos de las telenovelas venezolanas, de las series de Suar, de las películas de Richard Geere?

Miró el reloj: las ocho y cinco. Si seguía paralizada, no le iban a alcanzar las nueve horas que faltaban para todo lo que tenía que hacer. Empezó buscando la blusa de seda italiana, porque recordaba que el estampado era muy colorido, con esas aves exóticas desplegando su plumaje justo a la altura de sus pechos. Se la apoyó sobre el cuerpo frente al espejo, y no dudó en elegirla. Después encargó unas cosas que no necesitaba al mercadito de abajo, porque le llevaban el pedido hasta el departamento. Mientras tanto separó una pollera que terminaba en un volado sobrio, pero que tenía un tajo interesante, y se probó unas sandalias de taco chino. Por primera vez en cuatro décadas, se paró frente al espejo en bombacha y corpiño, y se miró de cuerpo entero. Todavía no había recuperado los kilos que le indicó el médico, después de la depresión que le había sacado hasta las ganas de tomar líquido, y sin embargo, esa delgadez ahora no le parecía una desventaja.

Sonó el timbre, se vistió rápido con la ropa que se pondría a la tarde y fue a recibir el pedido. Antes de que el chico se fuera con la generosa propina, le pidió que le hiciera un pequeño favor: quería saber de qué color veía él la blusa, la falda, los zapatos, los aros, la cartera. Después se sacó la ropa y la planchó escuchando, a un volumen inédito en su casa, un disco de Paloma San Basilio, y coreando las canciones. Dos horas y media en la peluquería, almuerzo frugal, un intento de siesta, vueltas en la cama, una charla

con la Virgen, ducha, vestuario, maquillaje, perfume, y a las cuatro y media por fin el timbrado del remis que había pedido a las nueve de la mañana. Antes de salir, miró el portarretratos con la imagen de la madre que estaba sobre la cómoda, y sintió que la sonrisa de la foto se la estaba regalando, desde donde estaba, en ese mismo instante.

Mientras iba en el auto, volvió a lamentar, después de tantos años de costumbre, el hecho de ver la ciudad en blanco y negro. Además era una tarde de sol perfecto, y sólo para ella eran grises las flores de los jacarandá de la calle Medrano.

Cuando le entregó el billete al remisero, se dio cuenta de que le temblaban las manos, y se arrepintió de haber aceptado la cita. En los metros que había hasta la puerta de Las Violetas, trató de calmarse, y al empujar la enorme puerta de vidrio y bronce sintió que entraba a un tiempo distinto de su vida, a una etapa de estimulantes miedos y de inauguraciones.

Néstor le hizo señas desde una mesa en la ventana, y ella se abrió paso por el salón sintiendo que se le aceleraban los latidos. Vió que él la esperaba con los brazos abiertos y una sonrisa como de admiración, mientras los ojos grises, seguramente azules, trazaban desde los pies hasta el pelo un recorrido que ella sintió como el roce de un aliento tibio. El beso en la otra mejilla, que juzgó irresistible y mundano, le permitió a Elvira oler su perfume viril. Después de invitarla a sentarse y arrimarle la silla, como un prestidigitador él hizo aparecer una rosa.

—Espero que te guste el color —dijo—, lo elegí especialmente.

—Gracias —contestó ella—, me encantan las flores. —Pensaba que convenía mantener en secreto su problema, por lo menos al comienzo.

Pidieron el té con masas, y entre sorbo y sorbo, con prudentes preguntas y silencios que invitaban a la confianza, él logró que ella le contara toda su vida, hasta hacerle sentir que nunca nadie la había escuchado con una atención tan genuina.

—Pero ya hablé demasiado —dijo entonces—, ahora contame de vos.

Él le pidió permiso para encender un cigarrillo, y ella siguió con un interés próximo a la fruición cada mínimo movimiento que le demandó ese acto: los dedos que diestramente sacaban la caja de Benson, la abrían, tomaban un cigarrillo, lo llevaban no al centro de los labios sino cerca de la comisura, la misma mano que hacía aparecer el encendedor dorado, los ojos levemente crispados con la primera pitada, el

hoyuelo en la pera cuando levantó la cara al exhalar el humo, y la otra mano pasando por su pelo, los dedos entrelazados en las canas de seda.

Su delectación la distrajo de las primeras frases, y después le costó encontrarles ilación. Referencias a negocios fallidos, a socios que lo habían traicionado y a penurias de distinto tipo se mezclaban con alusiones a la economía de ella, al tan lamentable fallecimiento de su madre y al hecho de que ahora tuviera a su completa disposición una renta fija de varios alquileres.

Elvira sintió que todo lo que la rodeaba, el concierto de diálogos, el ir y venir de los mozos, el tintinear de la vajilla, la música de fondo, y hasta el rumor del tráfico de Corrientes, quedaba suspendido en un segundo de completo silencio en el que resonó, con la acústica de un anfiteatro griego, la última frase de Néstor:

—Necesito unos cinco mil pesos. —Y agregó:— Eso sí: en mi vida he deshonrado una deuda.

La primera reacción de Elvira fue suspirar profundo, echar la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y querer estar muerta. Pero la mano de Néstor sobre su mano la sacó de ese letargo:

—¿Qué pasa, Elvirita, dije algo que te haya molestado?

Ella abrió los ojos, vio la mano de él apoyada en la suya y, junto a las de ambos, como una mancha de tinta sobre el mantel, la rosa que él le había regalado.

Le apartó la mano, tomó su cartera, tomó la flor, se levantó y le dijo:

—Gracias por la rosa roja.

Rumbo a la puerta de la confitería, las flores doradas de los paneles, las pantallas de Murano y los vitrales vieneses estallaron en sus retinas como un caleidoscopio hecho con los fragmentos de su furia.

Cuando Elvira salió, anochecía. En vez de parar un taxi, decidió caminar. Tenía toda una ciudad por descubrir.

Una ciudad de colores rabiosos.

Alejandro Tloupakis (Buenos Aires, 1973) es Licenciado y Profesor en Letras (USAL). Se desempeña como Profesor de Literatura en el Colegio Los Molinos y coordina los Talleres de Redacción y de Escritura Creativa en la UCA, donde también conduce el Ciclo de encuentros con escritores. Realiza tareas de edición y asesoramiento a autores.

